

P. Antonio Domènech Corominas

Salesiano sacerdote

Barcelona, 12 de abril de 1943

Barcelona, 20 de julio de 2009





P. Antonio Domènech Corominas

Salesiano sacerdote

«Dios nos amó primero»

Muy queridos hermanos:

Hoy puedo finalmente escribiros esta carta que lleva el recuerdo agradecido y la memoria viva de un salesiano de talla excepcional. Me refiero a la persona de don Antonio Domènech Corominas, a quien tuve la gracia de encontrar por vez primera aquí en Roma, cuando en octubre de 1995 fuimos convocados por don Juan Edmundo Vecchi para integrar la Comisión preparatoria del Capítulo General 24. Esos días vividos intensamente, compartiendo el entusiasmo y el esfuerzo de preparar el documento precapitular, fueron el inicio de un camino que recorrimos juntos y que me permitió apreciar su inmenso amor al Señor, su profundo sentido de Iglesia, su amor filial a Don Bosco, su cordial pertenencia a la Congregación, su entrega convencida a los jóvenes.

Profundamente agradecido a Dios y dolido aún por su temprana muerte, os comunico que Antonio celebró su propia pascua en fiel seguimiento a su Señor, después de una prolongada y dolorosa enfermedad, el día 20 de julio de 2009, en su querida casa de Martí-Codolar, donde había iniciado su vida sacerdotal.

Dos días antes había tenido la alegría de poder ir a visitarle, junto con mi Vicario, don Adriano Bregolin. Cuando, tras celebrar en su presencia la Eucaristía y administrarle, de nuevo, la Unción de los Enfermos, le pedí que ofreciera su vida por los Salesianos y por las vocaciones, me contestó con tanta serenidad como convencimiento: «Lo hago. Que vivan más profundamente en Cristo. Él es el centro... que se centren en Cristo».

La muerte de don Antonio Domènech ha dejado entre nosotros un hermoso recuerdo y un estímulo. Le echamos de menos y lo llevamos en el corazón; pero nos consuela la esperanza de saberlo en compañía del Resucitado, de ese Señor para el que vivió y por el que se santificó, ese Señor que tanto



tiempo enseñó, comunicó y testimonió como profesor de Teología y en la realización de la misión salesiana. Estamos seguros de que, junto a Él, nos acompaña e intercede por todos nosotros, continuando, infatigable como era entre nosotros, su servicio a la Congregación Salesiana que tanto amó. Damos gracias al Señor, que nos ha dado en él un devotísimo y fiel hijo de Don Bosco, un sacerdote humilde y santo, un hermano ejemplar y austero. Que él mismo nos obtenga del Señor una bondad como la suya, una entrega como la suya, una fidelidad como la suya, una sencillez y una austeridad como la suya.

1. Breve reseña biográfica

Don Antonio Domènech nació en Barcelona, el 12 de abril de 1943, en el popular barrio de Sant Antoni. Fue el primero de cinco hermanos. Le siguieron Juan, Carme, José María, y Montserrat. Sus padres, Joan y Carme, les educaron en la fe cristiana y se preocuparon de que fueran educados en la pedagogía salesiana de Don Bosco y Madre Mazzarello en los colegios de las calles de Rocafort y de Sepúlveda. Sus hermanos José María y Montserrat seguirán sus pasos en la vocación salesiana: el primero, salesiano, marchó a Perú para realizar su formación inicial y allí se quedó hasta 2008, cuando pasó a Argentina; la segunda es Hija de María Auxiliadora en la Inspectoría de Barcelona.

2. Formación inicial

Don Antonio fue bautizado al poco de nacer, el 18 de abril, en la capilla de la misma Clínica, perteneciente a la parroquia de San Juan Bautista de Gracia, en la ciudad de Barcelona.

Fue confirmado a los ocho años (6 de junio de 1951) en la parroquia de la Virgen de Lourdes, del barrio del Poble Sec. Era ya alumno de los Salesianos de la calle Rocafort desde septiembre de 1949.

Pasó al aspirantado de Girona en 1955 y siguió en Arbós del Penedés, donde hizo el noviciado a la vida salesiana, que concluyó el 16 de agosto de 1959 con su primera profesión religiosa. Posteriormente emitió la profesión perpetua en el Tibidabo, donde era trienal, el 7 de agosto de 1965. En estos años, los formadores escribieron de él que era «bueno, constante, sacrificado, estudioso, trabajador, ejemplar, piadoso y amante de la vocación salesiana.»



Estudió Filosofía, cursando simultáneamente estudios de Magisterio, en Sant Vicenç dels Horts, y Teología en la Universidad Pontificia de Salamanca, consiguiendo la licenciatura el 23 de junio de 1969. Unos meses antes había recibido la ordenación sacerdotal, el 1 de marzo de ese mismo año, en la casa salesiana de Horta, en Barcelona. Su lema de ordenación fue *Dios nos amó primero* (1Jn 4,10). El 28 de febrero de 1969, víspera de su ordenación sacerdotal, había escrito en su diario unas opciones que se convertirían en un verdadero proyecto de vida:

«Mi sacerdocio no es más que una prolongación entre los hombres de hoy y sobre todo entre los jóvenes de Cristo, fiel y obediente a la voluntad del Padre: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y acabar su obra” (cf. Jn 4,34), y entregado plenamente a servir al rebaño que le ha sido confiado: “El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10,45).

Por ello debo procurar conocer cada vez más y descubrir en mi vida ordinaria esa voluntad de Dios, con una honda visión de fe. Y, a la vez, conocer y amar sinceramente a los hermanos y a los hombres que Dios ha puesto a mi lado, tal como Él los ama.

Para ello reafirmo las líneas fundamentales de mi vida espiritual:

1. La fuente y cumbre de mi vida sacerdotal es la Santa Misa, procuraré que preceda a cada celebración unos momentos de oración y una prudente acción de gracias.
2. Tendré cada día un contacto íntimo con la palabra de Dios que debo repartir a los fieles: la haré objeto de mi meditación diaria y, además, procuraré en los momentos más aptos leer algunos versículos para alimentar mi oración personal.
3. Consideraré la homilía como algo central e importantísimo en mi ministerio, preparándola siempre con antelación y siempre que pueda en común.
4. No descuidaré el examen de conciencia al final del día: como momento de encuentro con Cristo, en el que, a su luz, vea mis actitudes profundas y reafirme mi amistad con Él.
5. No dejaré nunca el día de retiro de cada mes en el que procuraré dedicar un rato especial a la oración personal con el Señor.

Como recuerdos particulares, para poder vivir mi sacerdocio, teniendo en cuenta mis principales defectos y dificultades personales:

1. Hacer un esfuerzo mayor para conocer y amar más a los hermanos y jóvenes con los que desarrollo mi vida, siendo entre ellos punto de unión, comprensión y encuentro. Haré lo posible por aprender pronto sus



nombres; me pondré con frecuencia en contacto con ellos; me interesaré por sus cosas; les escucharé siempre que vengan a hablar conmigo. Miraré de comprometerme en algo concreto que interese a los demás, aunque a mí personalmente no me interese. Perfeccionaré mi catalán para poder predicar y hablar en esta lengua.

2. Vivir mi sacerdocio en comunidad con otros hermanos, para profundizar y fortalecer mi vida espiritual, y, sobre todo, para que mi compromiso sacerdotal sea auténtico según me lo exige Dios en cada circunstancia concreta, independiente del favor de los hombres.

Estos puntos deben ser mi pequeño sacrificio diario, unido al sacrificio de Jesucristo, para la salvación de los hombres.»

3. Labores de animación y gobierno

Acabados sus estudios, fue profesor del Centro Teológico Salesiano de Martí-Codolar de 1969 a 1996, con la interrupción del curso 1972-73 que transcurrió en el Instituto Católico de París, completando su especialización en Teología Pastoral. En Martí-Codolar enseñó Cristología y Teología Pastoral a numerosas generaciones de jóvenes salesianos.

Supo combinar admirablemente la docencia con el servicio pastoral comprometido con los más desfavorecidos y de esta manera formó parte del grupo fundador de la comunidad salesiana del barrio gitano de La Mina, de la que fue director de 1976 a 1982. Durante estos años fue un buen aglutinador comunitario e impulsor de la reflexión pastoral y vocacional en el seno de la comunidad en un ambiente de frontera. Convencido de la importancia de la oración como motor de la misión, invitaba a menudo a los hermanos a rezar para mejor ofrecer Jesucristo a los jóvenes y a los vecinos de aquel popular barrio gitano.

Pasó luego a ser director del Seminario y de la Obra Salesiana de Martí-Codolar de 1982 a 1988. A continuación, y durante un sexenio, fue Delegado Inspectorial para la Pastoral Juvenil.

Nombrado Superior Provincial de la Inspección de Barcelona, en junio de 1994, desarrolló su tarea de gobierno y animación con sencillez y dedicación constante. Tuvo que interrumpir su servicio en abril de 1996, cuando fue elegido Consejero General para la Pastoral Juvenil en el 24º Capítulo General Salesiano. Escribió entonces en su diario:



«El Capítulo me ha encomendado un nuevo servicio y ha abierto mi vida a la Congregación. Constituye un horizonte universal ante el cual me siento pequeño, pero me pongo en manos de Él y en manos del Rector Mayor para colaborar en todo lo que pueda. Me debo a ello, y por tanto, procuraré vivir totalmente entregado a este servicio. Por ello, debo alimentar aún más mi vida de fe, porque el primer servicio es crecer en la vocación y en la santidad; para ello mantendré el contacto frecuente con Jesús.»

Reflexión, trabajo en equipo, salir al encuentro, dar el primer paso, acercarme... todo esto exige de mí, en primer lugar, espíritu de iniciativa, pero también, no dejar escapar las ocasiones; mayor autocontrol para no refugiarme en cosas que me distraigan, y no buscar lo que más me agrade; y esfuerzo por aprender lenguas que me ayuden en los contactos.»

(2 de abril de 1996)

A lo largo de dos sexenios consecutivos don Antonio Domènech desarrolló su servicio de animación y de coordinación de la Pastoral Juvenil entre las distintas regiones e inspectorías de la Congregación Salesiana. Fue un claro continuador de la línea pastoral emprendida por Don Vecchi y seguida por Don Van Looy, basada en el famoso lema de Don Viganó: *Educar evangelizando y evangelizar educando*. Por ello quiso reflexionar y profundizar en ambos contenidos, de la educación y de la evangelización, defendiendo con valentía la unidad y la integridad de la propuesta educativo-pastoral salesiana, viendo la pastoral como un proceso y un itinerario en el que los diferentes elementos contribuyen armónicamente al desarrollo integral del joven.

Esto se manifiesta en la estrecha relación entre las cuatro dimensiones de la pastoral salesiana expuestas en el libro *La Pastoral Juvenil Salesiana. Cuadro fundamental de referencia* (1998) que ha servido de inspiración también para otras Congregaciones. Las características fundamentales que don Antonio Domènech impulsó a lo largo de dos sexenios han sido la unidad e integridad de la propuesta educativo-pastoral salesiana; el sentido comunitario de toda la acción pastoral; el carácter proyectivo del itinerario pastoral salesiano; y basado siempre en un estilo de animación que resalta la presencia entre los jóvenes y su acompañamiento personal.

Trabajó por renovar las presencias salesianas, dando protagonismo a los jóvenes e impulsando la formación de todos los agentes educativos; y, al mismo tiempo, por desarrollar nuevas presencias en el ámbito de la marginación juvenil y en el asociacionismo (especialmente el Movimiento Juvenil



Salesiano), así como impulsar centros de pastoral juvenil y de catequesis, de espiritualidad y de comunicación social. Dado el carácter exigente y trabajador, y la capacidad organizativa de Don Antonio, no se contentó nunca con una pastoral de acciones puntuales, o de solos primeros pasos, o de simple fomento de valores humanos; impulsó un camino sistemático de educación y de evangelización, fundamentado en un proyecto orgánico, corresponsable y comunitario de Pastoral Juvenil de ámbito local e inspectorial.

En los últimos años fue compaginando su servicio a la Congregación con las limitaciones que la enfermedad le iba imponiendo cada vez más. Al concluir su tarea al frente de la Pastoral Juvenil Salesiana, después de doce años, se reincorporó definitivamente a la Inspectoría de Barcelona el 25 de enero de 2009.

4. Últimos meses en Martí-Codolar

En agosto de 2005 se le manifestó la enfermedad, que llevaba ya semanas minándole las fuerzas. En su diario anotó entonces:

«Desde agosto: agotamiento, análisis, operación y recuperación. Han sido tres meses muy singulares. Tres meses en los que el Señor ha intervenido de una forma muy especial en mi vida y ha cambiado todos mis planes... En este tiempo he experimentado que mi vida está en manos de Dios y que formo parte de una gran familia que se preocupa y que reza por mí. Antes no hubiera imaginado que todos estos salesianos y salesianas, laicos y jóvenes hubieran podido rezar por mi salud. ¡Cuántos me han asistido, se han interesado, han llamado...! En verdad mi vida está ligada a toda esta familia por la cual he de entregarme en el servicio que Dios me pida en adelante.»

(11 de noviembre de 2005)

Al llegar a su querida casa de Martí-Codolar, en la Inspectoría de Barcelona, escribió en su diario un texto que luego leyó a la comunidad:

«Estoy muy contento de regresar a mi Inspectoría de Barcelona y, en concreto, a esta casa de Martí-Codolar, intensamente ligada a mi historia salesiana personal. Desde los primeros años de sacerdote, he vivido en relación con esta casa como profesor, animador del Centro Juvenil, miembro de la comunidad y formador; también como director. Regresar aquí es como volver a conectar con esta historia y continuarla.



He concluido una etapa singular de mi vida salesiana: estos doce años al servicio de la Congregación en el Consejo General. Para mí ha sido una rica experiencia de Congregación: he podido conocer su presencia e inculturación en los diferentes continentes; he podido percibir la fecundidad del carisma salesiano, la atracción y el entusiasmo que suscita por todas partes la persona de Don Bosco, y la misión salesiana, con su variedad de situaciones y de dinamismos. He visto la entrega y el compromiso de tantos hermanos, incluso en situaciones nada fáciles; pero también he constatado sus dificultades y problemas.

Como Consejero General he tenido la oportunidad de vivir y de experimentar el dinamismo de la Pastoral Juvenil Salesiana en los diferentes contextos y el esfuerzo realizado a lo largo de estos años para asimilar y profundizar sus elementos centrales... el trabajo de los delegados inspeccionales, la riqueza y vitalidad del Movimiento Juvenil Salesiano, y la ilusión de tantos y tantos animadores.

Ahora vengo con ganas de vivir la Pastoral desde una comunidad concreta, de poder estar y animar a jóvenes y grupos concretos, aplicando lo que he impulsado a lo largo de todos estos años.

Creo firmemente que todo ello ha representado una gracia de Dios que me ha reforzado en la vocación y en la vivencia del espíritu salesiano, como fundamento y motor de la acción educativa y pastoral.

Referente a mi estado de salud, una novedad inesperada que surgió hace ya más de tres años, me ha obligado a vivir limitadamente la segunda mitad de este último sexenio en Roma: un tumor en el colon con metástasis en el hígado y en el pulmón. Y la consiguiente operación y sesión de quimioterapia. Ello me ha aportado tres vivencias muy ricas: 1) saber que mi vida está toda ella en manos de Dios; 2) la experiencia de una profunda fraternidad con tantos salesianos y laicos; 3) la experiencia de una nueva forma de colaborar en la misión, distinta del simple hacer. En este momento experimento una sustancial mejora, pero me obliga a estar siempre bajo vigilancia. Continuamente siento dolor y experimento dificultad para sentarme...

Todo ello me impone algunas limitaciones, pero creo que podré seguir el ritmo normal de la vida comunitaria y colaborar en lo que pueda en la misión. De hecho, estoy preparando una tanda de Ejercicios Espirituales sobre el CG26, para los hermanos de esta Inspectoría; y sigo colaborando en algunas pequeñas cosas que me va pidiendo el Rector Mayor. Vengo con ganas de colaborar en la Pastoral de la Inspectoría y en la docencia en el Centro Teológico Salesiano Martí-Codolar.

Después de una experiencia de este tipo, me siento más salesiano y más responsable de los dones que Dios ha puesto en mis manos. Estoy convencido



de que lo más necesario y lo más urgente es vivir con intensidad la espiritualidad como alimento y garantía de fecundidad; tal como nos invita el último Capítulo General: *Da mihi animas...*»

(28 de enero de 2009)

Desde entonces se dedicó a colaborar en distintos encargos hechos por nuestra Casa General y también en la revisión del texto de los últimos Ejercicios Espirituales a los hermanos de la propia Inspectoría, que finalmente no pudo llegar a predicar.

La salud de don Antonio iba deteriorándose progresivamente a lo largo de las semanas. Pronto las piernas se le debilitaron al quedar afectadas por el avance del tumor. El tratamiento paliativo del dolor tuvo que incrementarse paulatinamente. Ello le afectó la capacidad de concentración al incrementar la somnolencia, hasta el punto de que, tanto en el diálogo personal como en la conversación en grupo, llegaba a dormirse no sólo escuchando a los demás, sino hablando él mismo. Con humor comentaba: «Por lo visto, necesito dormir...».

Contar con la presencia y el apoyo de su hermano salesiano, José María, constituyó, estoy seguro, una gracia de Dios para ambos hermanos. Durante los cuatro meses que estuvieron juntos, don José María fue su confidente, su enfermero, su acompañante y su ángel de la guarda. El ayudaba a su hermano a levantarse y acostarse; juntos rezaban la Liturgia de las Horas, juntos paseaban, juntos acudían al médico, juntos pasaban la jornada entera.

Pocos días antes de morir, el director de la casa le comunicó que había llegado el momento del encuentro con el Señor, a lo que él respondió: «Comprendo, es el final. Estoy preparado». La presencia de toda su familia supuso un gran consuelo en los últimos momentos de don Antonio, ya que estaba preocupado por todos ellos: particularmente la presencia de su hermano salesiano José María; pero también de su hermana Montserrat y de sus otros hermanos Carmen y Juan, este con su esposa y sus hijos y allegados.

Don Antonio ya había recibido la Unción de enfermos un domingo del tiempo pascual, junto con los otros enfermos de la casa. Esperando aún mi prometida visita de despedida, tuvo una crisis que hizo presagiar ya el final, así que don Jordi Latorre, director de la casa, procedió a darle de nuevo la Unción que él siguió con toda lucidez. Al día siguiente, el sábado 18 de julio, con



toda su familia allí presente, y algunos hermanos de la comunidad, junto a mi Vicario pude celebrar la Eucaristía en su habitación y darle la comunión como viático. En el fuerte y consciente *Amén* con que respondió cuando recibió la comunión concentró toda su aceptación de la voluntad de Dios hasta su entrega total y abandono definitivo en las manos del Padre. Recuerdo aún con emoción cuando a un gesto mío de afecto y agradecimiento y a mi petición de que ofreciera la vida por las vocaciones, me respondió convencido: «Lo hago: que vivan más profundamente en Cristo. Que se centren en Cristo.»

Espero que nuestra presencia y la oración compartida le hayan proporcionado fuerza, consuelo y esa serenidad que se prolongó hasta su muerte. Después de casi cuatro años de arduo combate contra la enfermedad, don Antonio dejaba la casa salesiana para entrar en el hogar que es Dios el lunes 20 de julio de 2009. Como hice en su presencia, no puedo dejar ahora de testimoniar su profunda piedad, una sorprendente capacidad de trabajo, su austeridad de vida, su fidelidad a la Congregación, su realismo pastoral. Agradezco a Dios y a la Congregación haberlo tenido como estrecho colaborador a lo largo de estos seis últimos años.

5. Un apunte de su vida espiritual

A lo largo de su vida, don Antonio ha sido un trabajador incansable, reflexivo y servicial, y una persona de fe y de oración. Se entregó en cuerpo y alma a los encargos recibidos a lo largo de su vida salesiana. Entre los muchachos y familias del Tibidabo, del barrio de La Mina y del Centro Juvenil Martí-Codolar donde se le recuerda con cariño y admiración. Pero también entre libros y apuntes como profesor de Cristología y de Teología Pastoral; las horas dedicadas al estudio y a la lectura lo han capacitado como persona de reflexión y sus opiniones han sido siempre escuchadas y atendidas. Su trabajo se volcó también en la animación de los hermanos, de las comunidades de la propia Inspectoría, así como de la Pastoral Juvenil de la entera Congregación. Otras ramas de la Familia Salesiana se han visto también beneficiadas por su entrega y servicio; vale la pena señalar especialmente su dedicación pastoral a la Asociación laical ADSIS desde su implantación en Barcelona, a comienzos de los años 1970.

Era clarividente y amablemente exigente en el acompañamiento espiritual, especialmente de los jóvenes salesianos. Escuchaba con atención, y con



delicadeza indicaba los posibles auto-engaños y auto-justificaciones. Animaba al esfuerzo y a la coherencia. Ayudaba a afrontar la verdad de la propia vida.

La fidelidad a los amigos era otra característica de Antonio. Tenía muchos amigos. No era espléndido en regalos, era austero y pobre; pero ofrecía su atención personal e interés por los amigos y por sus familias. Sus amigos eran destinatarios de su corazón pastoral.

Su capacidad de servicio lo ha llevado tanto a enseñar en el aula, como a animar grupos de reflexión con jóvenes y adultos, a dirigir teatro, a predicar Ejercicios Espirituales, o a dirigir congresos y reuniones especializadas; fue el regulador del Capítulo General 25, que preparó minuciosamente en todos los detalles. Colaboraba también con gusto y espontaneidad en las tareas más humildes de la casa.

Debemos destacar su gran responsabilidad y profesionalidad. Como profesor preparaba minuciosamente las clases y como Consejero General sus intervenciones. Estudiaba los documentos, buscaba soluciones a los problemas, denunciaba la práctica que no se ajustaba a los criterios salesianos, llevaba todo a la oración. Sus argumentaciones eran exhaustivas y convincentes. Como ejemplo podemos poner sus intervenciones en las jornadas de preparación para nuevos inspectores o en las semanas para directores organizadas en diferentes regiones de la Congregación. En las Visitas Extraordinarias realizadas en nombre del Rector Mayor, llegaba al fondo de las diversas situaciones tratando de orientar y de animar. Sus informes eran precisos. Todo esto le exigía prolongadas jornadas de trabajo, de consulta y de reflexión, que don Antonio jamás rehusó.

Su proverbial austeridad quedaba reflejada en el atuendo sencillo, en la optimización de recursos y en el uso de medios públicos de transporte, y, cómo no, en su incansable trabajo.

Todo ello nacía de la profundidad de su fe y de su intensa vida de oración. Prueba de ello ha sido su fidelidad a la Liturgia de las Horas incluso en medio del dolor que le ha procurado la enfermedad. La Eucaristía ha sido siempre la fuente de su intensa vida apostólica. El sacramento de la Penitencia, el rezo del Rosario, la asiduidad en la meditación de la Palabra de Dios y la dirección



espiritual han ido alimentando, día a día, su entrega a la tarea pastoral salesiana. Así lo reflejan las palabras a su hermana Montserrat: «Estamos en las manos de Dios y Él nos ama».

Entre sus cuadernos se ha encontrado una estampa de Don Bosco, muy usada, en la que está escrita de su puño y letra esta oración de tono poético, sin fecha:

«Vivir cada día / el gozo de una esperanza: / saber que mi vida, / llevada por el Espíritu, avanza. / Abrir siempre los ojos / a los jóvenes que me rodean; / descubrir en sus vidas / los nuevos horizontes que desean. / Y así, despertarme siempre / con una ilusión más profunda: / cada mañana se me presenta / como un don de Dios que me llena.»

(«Viure cada dia / el goig d'una esperança: / saber que la meva vida / portada per l'Esperit, avança. / Obrir sempre els ulls / als joves que m'envolten; / descobrir en les seves vides / els nous horitzons que enyoren. / I així, despertar-me sempre / amb una il·lusió més fonda: / cada matí se'm presenta / com un do de Déu que m'omple.»)

Don Antonio, en las conversaciones privadas, manifestó siempre una sorprendente lucidez en el conocimiento de su enfermedad, al mismo tiempo que una indeficiente tenacidad en vencerla, convencido de su futura mejoría y de la posibilidad de integrarse en la vida activa de la Inspectoría. Su experiencia de la enfermedad fue siempre de fe. Se había puesto en manos del Dios y de María, y ello le daba confianza y serenidad, aun en medio de la lógica incertidumbre y dolor. No le daba miedo la muerte, aunque tampoco la deseaba, incluso en los momentos en que le laceraba más el dolor. Estaba convencido de que su vida iba a dar el fruto que Dios preveía en él:

«Hace ya algunos días que me viene el pensamiento de mi futuro y me veo por largo tiempo, quizá para siempre, limitado por el dolor y las dificultades en la movilidad... siento muy fuerte la añoranza de poder trabajar y participar en la misión pastoral de la Inspectoría, aunque sea de forma limitada, colaborar en la reflexión y en la acción pastoral de los equipos. Pero, me parece, que esto es, por ahora, irrealizable... ¡Tendré que acostumbrarme! Señor, me pongo en tus manos, confiado que lo que me haces vivir es lo mejor y más fecundo espiritual y pastoralmente.»

(5 de junio de 2009. Penúltima anotación)



En los últimos meses de su enfermedad, don Antonio desarrolló el gran espíritu de piedad que ya le caracterizaba desde los primeros años de vida salesiana. Su piedad era profunda, cimentada teológicamente, pero sencilla y filial; no era formalista, daba vida a las fórmulas. Por ello, en la última anotación de su diario, escribió:

«Debo dar gracias a Dios porque en este tiempo me ha hecho progresar en la vida de piedad, es decir, de ganas y de voluntad de relación personal con él a través de los momentos de celebración y de silencio. Creo que lo debo aprovechar más, ya que mis hermanos, inmersos en el trajín de la actividad, encuentran poco tiempo y calma para rezar; y yo, que tengo tanto, no lo hago en su nombre. Quiero hacer presente ante el Señor sus vidas, y, sobre todo, su actividad. Dedicaré media hora ante el Señor cada día antes de Vísperas. Además, rezaré cada día dos rosarios con esta intención.»

(15 de junio de 2009)

Don Antonio fue persona de una sola pieza, sin pliegues, transparente, con convicciones profundas y fuertes, tenaz, con pasión por todas aquellas cosas en las que creía: la oración, los jóvenes, la comunidad, la entera Congregación.

Se dedicó a estudiar y a reflexionar, consciente de que la Pastoral Juvenil es una ciencia y no se la puede confundir con un pasatiempo o una actividad superficial e inocua; por eso su pensamiento era rico y profundo.

Amó su vocación cristiana y salesiana en tal forma que la tomó en serio como verdadero proyecto de vida y se dedicó en alma y cuerpo a identificarse con ella. De aquí derivaron su inmenso amor por Jesús, por la Iglesia, por el Reino; su amor a Don Bosco, a la Congregación, a los jóvenes; su entrega generosa e ilimitada a la misión realizada en las diversas responsabilidades y tareas que le fueron confiadas.

Sobresalió, sobre todo desde el momento de la enfermedad y de la prueba, en su testimonio de fe, de esperanza y de amor, que manifestó en su lucha por la vida, en su perseverancia en la terapia, en el trabajo, en la oración, en su comprensión y aceptación de la voluntad de Dios, que le invitaba a participar ya no tanto en la acción generosa por la salvación, cuanto en la pasión amorosa más salvífica que aquella.



Dios, que nos hizo un gran regalo con la vida y la muerte de don Antonio, siga bendiciendo a la Inspectoría de Barcelona y a la Congregación, a los jóvenes y a los hermanos en formación, con otros tantos modelos de salesiano ejemplar como él y con nuevas y santas vocaciones.

Descansa en paz, hermano.

Pascual Chávez V.

Rector Mayor

Roma, en la Casa Generalicia, a 31 de enero de 2011




Datos para el Necrologio

Antonio Domènech Corominas, salesiano sacerdote.

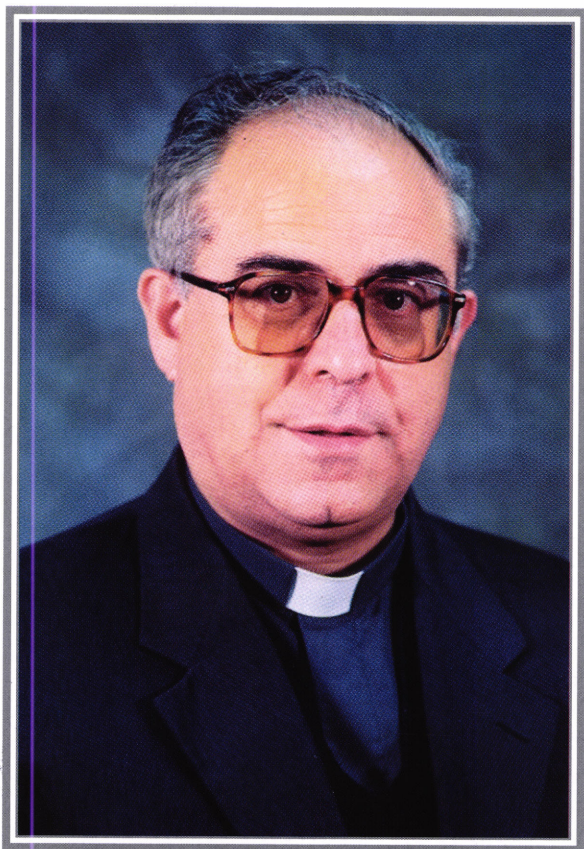
Nacido en Barcelona (España) el 12 de abril de 1943.

Fallecido en Barcelona (España) el 12 de julio de 2009.

Tenía 66 años de edad, casi 50 de profesión y 40 de sacerdocio.



*«Fratelli,
siamo convinti che
colui che ha risuscitato
il Signore Gesù, risusciterà
anche noi con Gesù
e ci porrà accanto a lui insieme con voi»
(2 Cor 4,14)*



Don ANTONI DOMÈNECH COROMINAS
Salesiano Sacerdote

DIREZIONE GENERALE OPERE DON BOSCO
Via della Pisana, 1111 - 00163 Roma

Carissimi Confratelli,

Oggi posso scrivervi, finalmente, questa lettera che vi porta il ricordo riconoscente e la memoria viva di un Salesiano di statura eccezionale. Mi riferisco alla persona di don Antonio Domènech i Corominas, che ho avuto la grazia di incontrare per la prima volta qui a Roma, quando nell'ottobre 1995 fummo convocati da don Juan Edmundo Vecchi per far parte della Commissione preparatoria del Capitolo Generale XXIV. Quei giorni vissuti intensamente, condividendo l'entusiasmo e l'impegno di preparare il documento precapitolare, furono l'inizio di un cammino che abbiamo percorso insieme e che mi ha permesso di apprezzare il suo grandissimo amore al Signore, il suo profondo senso ecclesiale, il suo amore filiale a Don Bosco, la sua cordiale appartenenza alla Congregazione, la sua dedizione convinta ai giovani.

Profondamente grato a Dio ed ancora addolorato per la sua morte prematura, ricordo che don Antonio ha celebrato la sua Pasqua personale nella sequela fedele del suo Signore, dopo una lunga e dolorosa malattia, il giorno 20 luglio 2009, nella sua amata casa di Marti-Codolar, in Barcellona (Spagna), dove aveva iniziato la sua vita sacerdotale.

Due giorni prima avevo avuto la gioia di poterlo visitare, insieme al mio Vicario, don Adriano Bregolin. Quando, dopo aver celebrato alla sua presenza l'Eucaristia ed avergli dato la comunione